LA PRINCESA DE ÉBOLI Y DULCINEA DEL TOBOSO, DOS TUERTAS ILUSTRES, por Antonio Herrera Casado

LA PRINCESA DE ÉBOLI Y DULCINEA DEL TOBOSO, DOS TUERTAS ILUSTRES,

Antonio Herrera Casado



Ana de Mendoza, princesa de

Éboli

En esta ocasión, me he querido centrar en un tema un tanto quimérico: ¿Pudo ser Dulcinea del Toboso, esto es, doña Aldonza Lorenzo, un ser real, que viviera en aquella villa de La Mancha a finales del siglo XVI? Cabe tal posibilidad, después de los descubrimientos de Escudero Buendía y Sánchez Duque, aquí comentados, acerca del hecho de que Cervantes sacara en papeles, y muy exagerados, a algunos tipos de todos conocidos en el área de "La Mancha de Santiago" en su época.

Y aún me hago otra pregunta: ¿Pudo Cervantes querer representar en Dulcinea como ser ideal, a otro "ser ideal" que él tenía por tal, y que era tuerta? La Princesa de Éboli es muy famosa en los días en que Cervantes escribe su Quijote…

Una cuestión de principios: Cervantes parodia la sociedad, pero el Quijote la refleja. Toma figuras de la realidad y de la sociedad contemporánea. Y aún más:

según las teorías de Francisco Javier Escudero Buendía y María Isabel Sánchez Duque, es posible que se inspirara en personajes vivientes, en El Toboso, en Miguel Esteban, en Mota del Cuervo, en sus días, para parodiarlos y dar vida desde ellos a don Quijote. Y a Sancho, y a Dulcinea, y al bachiller Sansón Carrasco y al caballero del Verde Gabán…

Un planteamiento: Cervantes parodia personas reales, situaciones contemporáneas, toma por modelos a grandes figuras de la historia, del momento. Y cuando propone un ser ideal, como Dulcinea, está pensando en otra persona real, de carne y hueso, que para él es quizás inalcanzable, pero a la que transforma desde su realidad "tuerta" a un ideal de belleza. Quizás, incluso, está diciendo que a "la señora" (así la llamaban en el Madrid del siglo XVI) todos la tienen idealmente por un ser bellísimo, excelso, inteligente, bueno…. Pero en realidad es una cualquiera. La realidad la decapita. De esa manera, doña

Ana de Mendoza es a Aldonza Lorenzo como La Princesa de Éboli a Doña Dulcinea del Toboso. Dos símbolos paralelos.

¿Era Ana de Mendoza tuerta realmente?

Es una cuestión que nunca se podrá dilucidar completamente. En un libro que publiqué hará unos 20 años, y en el que proponía buscar a la princesa de Éboli a través de las huellas que dejó en el mundo, volví a referirme a esta cuestión de su problema físico.

Esa pregunta se la han hecho siempre los historiadores, y nos la seguimos planteando hoy, porque será muy difícil que tenga conclusión definitiva. Quien se dedicó a fondo a investigar el tema, porque estaba en la línea de lo que más le gustaba hacer, fue don Gregorio Marañón, el sabio médico e historiador que afirma, tras analizar documentos y evaluar actitudes, que doña Ana de Mendoza tenía una grave lesión en el ojo derecho, y que esta lesión se la produjo en la adolescencia, hacia los 15 años de

edad, un traumatismo con objeto agudo que rasgaría piel y posiblemente destruyó el globo ocular.

La noticia de que la Princesa perdió el ojo haciendo juego de florete con algún paje o caballero, en Cifuentes, donde nació, o en Alcalá de Henares, donde vivió su adolescencia, la da por primera vez Muro en su biografía. Aunque Mignet desde mediados del XIX lo había repetido en su libro. Pero la publicación de los hasta entonces desconocidos retratos guardados en el palacio de los Infantado en Madrid, lo confirmaron enseguida. Fue una sorpresa para los historiadores y los lectores comunes. Añadía un elemento más de «morbo» a la historia ya de por sí excitante de doña Ana.

En varias cartas, crónicas y comunicados de la época, sus coetáneos (quienes la han visto en directo y hablado con ella) dicen de diversas formas la existencia del defecto de su ojo derecho, y las formas en que se lo tapaba. Don Juan de Austria escribió *A mi tuerta beso las*

manos… Y en una carta que el prior don Hernando de Toledo, hijo del duque de Alba, escribe a Juan de Albornoz, secretario de su padre, el día en que agonizaba Ruy Gómez, le decía textualmente: «Anoche a la una, estaban unas damas en una ventana tratando que *de qué traería el ojo la Princesa de Éboli: la una decía que de bayeta; otra que, de verano, lo traería de anascote que era más fresco*. Hasta sus parches eran entonces objeto de cotilleo. Después de muerta, un anónimo fraile que comentó una historia de la Casa de Guzmán, manuscrita, en 1602, cuando se mencionaba a la Éboli escribía al margen: «la tuerta» y «fue muy gallarda mujer, aunque fue tuerta».

De todos modos, estos testimonios no terminan por concluir el origen de su tuertez, o la causa real de llevar el parche tapando el ojo. ¿Perdió el ojo por enfermedad, por accidente? ¿O simplemente era bizca, y prefería añadir admiración y atención por su persona acentuando su

belleza con la colocación del parche? Llevarlo, desde luego, lo llevaba.

Dulcinea, una tuerta no reconocida



La labradora de El Toboso, Dulcinea

No cabe duda que Cervantes quiso dejar claro que una mujer, figura ideal en la vida de don Quijote, tiene dos perspectivas distintas: la de la realidad, y la idealizada. La primera nos muestra a una aldeana de El Toboso, Aldonza Lorenzo (que con nombre cambiado probablemente retrata a alguna moza real de la zona) y la segunda nos ofrece la

composición idealizada por don Quijote de una hembra poética, hermosa, dulce y amable, doña Dulcinea del Toboso, la dama del caballero.

Esa doble vertiente de una persona, se muestra en el capítulo IV de la primera parte del Quijote, cuando se acercan los mercaderes toledanos a don Alonso, que cabalga ya, una vez armado caballero en la Venta, de regreso a su casa, y le sueltan esta frase, una agresión verbal en toda regla:

— Señor caballero, replicó el mercader, suplico a vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que, porque no carguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto

satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

– No le mana, canalla infame, -respondió Don Quijote encendido en cólera-, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcobada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.

Las cuatro atribuciones a Dulcinea respecto a su ojo, dos en su contra, y dos a su favor, nos muestran otras tantas referencias a sustancias relacionadas con la Alquimia. En otros pasajes del Quijote aparecen referencias a esta Ciencia que en el siglo XVI se sigue teniendo por

poderosa, difícil de manejar, y capaz de cambiar la realidad. ¿era realmente tuerta Aldonza Lorenzo, y Cervantes la cambia en una beldad sin límites gracias a la Alquimia, apareciendo traspuesta Dulcinea del Toboso en la mente de don Quijote y, en consecuencia, en todos cuantos después hemos leído su novela?

Es partidario Cervantes de la idea aristotélica de los elementos y sus proporciones, que abren la posibilidad de la transmutación de sustancias de bajo valor en el buscado oro. Dichos elementos y sus proporciones están en consonancia con una tradición clásica que también es aplicable al ser humano en un sentido galénico.

Ello se enmarca dentro del ambiente científico de la época, que aún baraja como posible la influencia astrológica sobre el ser humano y el paralelismo entre el macrocosmos y el microcosmos. Al contrario que la Astrología, que en tiempo de Cervantes se encontraba ya a punto de transformarse en Astronomía, aún

faltaba más de un siglo para que la Alquimia llegase a convertirse en Química.

Como ciencia tan antigua que su origen puede remontarse al Egipto clásico, la Alquimia se había metido en un callejón sin salida, debido al único interés que sus seguidores habían manifestado por convertir el plomo en oro. Los fracasos acumulados durante siglos para alcanzar este objetivo habían contribuido al descrédito de esta ciencia, como demuestra esta cita del Quijote (2, VI): *No todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad*. Vemos en esa frase cómo la palabra *alquimia* se contrapone al oro, dando a entender que el *oro de alquimia* era falso y no resistía la prueba de la *piedra de toque*, que, como se sabe, es un esquisto silíceo que se raya con agujas de oro de ley conocida y con la sustancia

que se quiere comprobar.

En esa cita del capítulo IV del Quijote, la contestación que Don Quijote da a los mercaderes toledanos es expresión de la lucha de la realidad contra la alquimia, la prosaica visión del mundo contra la ideal edad en que todo hermosea. Tuerta solamente? Tuerta y bella? Transmutación de una aldeana fea en una beldad quimérica? Eso es lo que nos muestra esa frase, que es proceso alquímico puro.

Y para terminar esta que ha sido digresión y aporte a una nueva visión del Quijote, ahora en el cuarto centenario de la edición de su Segunda Parte, la consideración de las cuatro sustancias que se mencionan en ese incidente:

La primera es el bermellón, una forma del sulfuro mercúrico que se usaba para obtener ungüentos y pomadas de aplicación externa, en cuya composición entran también el azufre y la grasa. Estas pomadas se aplicaban a los ojos enfermos, parientes de los ojos tuertos y las

bizqueras señaladas, y por eso el mercader dice que aunque Dulcinea lleve el ojo malo, y con tratamiento, él está dispuesto a decir que es bella.

La segunda es el azufre, que se asocia al bermellón en la composición de los ungüentos utilizados contra las enfermedades de los ojos. Pero el azufre, uno de los pocos elementos químicos conocidos desde la más remota antigüedad, desempeñó un papel fundamental para la alquimia medieval. Por lo tanto su uso en los ojos es expresión clara de enfermedad en ellos.

La tercera es la algalia, sustancia relacionada con el almizcle, que se extrae de las bolsas perianales de unos carnívoros llamados civetas y se emplea desde antiguo en perfumería. Siempre se dijo de ella que era de buen olor. Lo mismo que

La cuarta, el ámbar, pero no el fósil amarillento utilizado como piedra preciosa, sino el que excretan de su

estómago las ballenas y cachalotes, dejándolo flotar en el mar, y una vez seco, compone una pasta de la que se rascan polvos que huelen muy bien. En los mercados orientales puede encontrarse, en plena calle (recuerdo el olor a ámbar del zoco de Marrakech) y por supuesto en los gabinetes de las damas ilustres.